

PINCELADA

NUESTRA LENGUA

...Los verdaderos albores de nuestra hermosa lengua comenzaron en la época de la infiltración romana, ya que no es posible determinar cual fuera la hablada por los primeros pobladores o indígenas de España. Al extenderse por todo el orbe entonces conocido la dominación de las poderosas legiones de la opulenta ciudad del Tíber, reciben las naciones sometidas, juntamente con su organización jurídica y la férrea disciplina de las armas, la rica habla de Lacio, que llevaba en sus gérmenes fecundos la inmensa semilla de toda la civilización occidental. Puesto en contacto su flexible idioma con el de los países vecinos, y en estrecha convivencia con los usos y costumbres de los elementos aborígenes, origináronse las llamadas «lenguas romances» o neolatinas, entre todas las cuales han existido, y aún existen hoy todavía, las generosas analogías que nacen con el común principio, de la idéntica maternidad filológica y espiritual. Los oscuros soldados que propagaron por el mundo el maravilloso imperio romano ignoraban los elegantes giros de los senadores y magistrados, de los Virgilio y los Horacio, de los Plauto y Terencio, de los Séneca y Quintiliano, sino que hablaban el modesto «sermo rusticus», que distaba mucho, en el fondo y en la forma, del «sermo urbanus» o «Civitatis», reservado a las gentes del foro, del linaje y de las manifestaciones literarias. Fue el latín «vulgar», usado por el pueblo romano para todas las necesidades de su vida, el que obrando sobre la nativa cultura autóctona o ibérica, nos trajo lue-

go el «latín bárbaro», áspero y rudo, resultado de la corrupción del primero con la mezcla de palabras peninsulares y los esfuerzos realizados por éstos para adaptarlo a su manera de ser. Más tarde, unido todo esto a las sensibles modificaciones e influencias de la multitud de vocablos helénicos, góticos, judíos y arábigos, hizo brotar el alfabeto castellano, a cuyo actual y copioso acervo con tanta aportación han contribuído postertormente diferentes familias lingüísticas, algunas de indudable procedencia oriental. Así fue como los españoles, durante el largo período de la Edad Media, apoderándose del latín y utilizándolo a su manera, crearon un vario y jugoso plantel de «dialectos», que no son otra cosa que variantes de una misma raíz, ramas y frutos de un mismo árbol, tales como el «galáico», en que compuso nuestro rey «Sabio» sus tiernas «Cantigas» a la Virgen María; el astur o «bable», el mallorquín, el catalán y el valenciano, no exentos estos últimos de ciertas vagas reminiscencias provenzales, dialectos que todavía perviven con más o menos personalidad y brío en el mapa idiomático de nuestra Patria. Fruto de este mismo tronco es, igualmente el «luso» o portugués. Los primeros testimonios del castellano aparecen en documentos públicos de los siglos X al XIII, como son testamentos, ordenanzas, fueros, privilegios, donaciones, cartas — pueblas de fundación, así como algunos monumentos literarios y jurídicos, tales como el «Poema de mio Cid» y el Código de «Las Partidas», que es la más grandiosa producción de este tiempo, en los cuales puede ya observarse la gracia, robustez, nobleza, sonoridad, dulzura, magestad y armonía que han distinguido siempre a nuestro idioma hispánico, «el único apto — según el César — para conversar con Dios».

...En las postrimerías del medievo, conincidiendo casi con los Reyes Católicos, aparece nuestro «pequeño siglo de oro», que encauza y embellece con las más valiosas prendas el habla castellana, pórtico del inmortal siglo XVI, en que llega a su máxima grandeza y esplendor. Con esta lengua, Colón descubre un nuevo hemisferio, y América recibe la triple revelación del Cristianismo, del saber europeo y de la vida jurídica de las naciones. Pero si en el desenvolvimiento de nuestro idioma hubieramos de buscar el preciso instante en que su existencia, alcanza el cenit de su gloriosa plenitud, en que las dotes in-

trínsecas que la avaloran resaltan de manera insuperable, tendríamos que detenernos sin duda, en aquellos felices días en que la casa de Austria extendió, triunfante, el nombre de España por todos los ámbitos del planeta. La lengua de Boscán y Garcilaso de Fray Luis de León y de Herrera, de Valbuena y de los Argensola, de Fray de Luis Granada y de Teresa de Jesús, de Lope de Vega y de Cervantes, ostenta ya la, eximia galanura, el superior encanto que hasta los extranjeros más remisos han reconocido y saboreado en ella. La poesía le presta sus soberbias alas, sus atrevidos vuelos y cierta mística melancolía, soplo e inspiración de lo infinito, que comunica un tinte peculiar y una soberana hermosura a las Artes y a las Letras. Vigorosa como los valientes «Tercios», abundante como en laureles lo son nuestras hazañas, austera como las costumbres de la raza, fluída al igual que nuestros ríos, llena de gallardía como las viejas y ejemplares tradiciones, fácil para expresar tanto las efusiones del corazón como las diversas actividades del espíritu; solemne en la épica, grave en las leyendas, tierna en los idilios, viril y sonora en los cantos de gesta, como una vena inagotable, fecunda en primores y henchida de maravillas, ha quedado ya consagrada definitiva y unánimemente como lengua literaria universal.

ALEJANDRO MANZANARES BERIAIN